

HOMENAJE A ALFONSO NORIEGA

Alfonso de ANGOITIA NORIEGA

Cuento con la enorme suerte de haber tenido dos padres: mi abuelo Alfonso Noriega fue mi segundo padre. En todos los momentos importantes de mi vida lo encuentro presente. Siempre conté con él, con su consejo sincero y su amistad incondicional.

Mi vida está rodeada de recuerdos en los que está presente “Tata Chato”, como le decía yo desde que empecé a hablar. Al haber sido su primer nieto, desde chico tuve una relación muy cercana con mi abuelo, la cual duró hasta el final. Durante años lo visité diariamente. Cuando estudiaba secundaria y preparatoria cenaba en su casa casi todos los días y, tiempo después, pasaba a verlo a mi regreso del trabajo. Prefería las visitas, no le gustaba hablar por teléfono, se desesperaba y cortaba la comunicación lo antes posible.

La vida familiar que giró alrededor de mis abuelos fue intensa y plena, lo cual fortaleció la unión entre nosotros. Parte clave de nuestra relación, así como de su vida, fue mi abuela María del Carmen. Los fines de semana disfrutábamos especialmente la compañía de mi abuelo. Los sábados desayunaba en Sanborn's de San Ángel rodeado de amigos y conocidos. No hacía distinciones; cualquiera podía acercarse a su mesa independientemente de su edad, ideología o carácter. Fue un gran conversador, podía quedarse ahí platicando hasta cerca de las dos de la tarde, contando anécdotas, discutiendo temas filosóficos o comentando temas de actualidad. Tenía conversación para todos. Desde los doce o trece años asistí frecuentemente a esos desayunos. En las tardes acompañaba a mi abuelo a visitar a las personas que le vendían timbres para sus colecciones o a sus librerías preferidas. Recorriamos, estante por estante, los libros de reciente publicación en la librería de la Universidad que está en Insurgentes, en Gandhi, la Librería Francesa o el Fondo de Cultura Económica.

Los domingos empezaban temprano. Salía mi abuelo acompañado de sus cuatro nietos a misa de ocho en la Iglesia del Carmen o en San Jacinto. De ahí nos dirigíamos a algún supermercado, en donde tenía-

mos autorización de comprar lo que quisiéramos. De regreso, en el coche, jugaba con nosotros a “perdersé” por las calles del Pedregal, dando vueltas y vueltas hasta encontrar la casa. También bromeábamos saludando a los desconocidos que venían por la calle. En su casa nos reuníamos a desayunar con el resto de la familia. No pocos domingos aguantó mi abuelo los pleitos entre sus nietos, con paciencia y manteniendo en todo momento el buen humor, nos separaba sin tomar partido. Un poco más tarde pasábamos por él a su reunión del “mate”, para ir a comer al lugar que prefiriera, generalmente de comida mexicana.

Hicimos muchos viajes juntos, el primero al cumplir yo los seis años. También salimos en compañía del resto de la familia. Cada vez que mis abuelos hacían un viaje con los cuatro nietos, prometían no volvernos a llevar. Poco tiempo después nos encontrábamos planeando las próximas vacaciones. Disfrutamos todos esos viajes intensamente.

Le apasionaba leer y escribir. Pasaba tardes enteras estudiando y escribiendo sus libros y artículos sobre la mesa del antecomedor de la casa. Nunca lo vi trabajar en el escritorio de la biblioteca, no le acomodaba, lo sentía lejos de las actividades que transcurrían en el resto de la casa. Muchas veces lo ayudé a cotejar los textos de los autores que citaba o a buscar palabras en sus diccionarios favoritos.

A través de su vida se fue rodeando de libros, en su mayoría jurídicos, pero también sobre otros temas, incluyendo las novelas policíacas con las que se distraía de lo demás. Leía en todos lados y a toda hora. En mis recuerdos aparece siempre con un libro bajo el brazo. La biblioteca planeada originalmente estuvo siempre completa por lo que fue necesario adecuar otro cuarto de la casa para acomodar los libros que seguían llegando. Rápidamente se desbordó también la segunda biblioteca y, poco a poco, casi todos los cuartos de la casa se vieron rodeados de libreros repletos. Mi abuelo conocía su biblioteca a la perfección y, hasta el día en que llegaron los bibliotecarios, encontraba rápidamente cualquier libro que necesitara consultar. Una vez “ordenada”, se fue dificultando la identificación de los libros, por lo que nos pedía ayuda; buscábamos por secciones y, en caso de no tener éxito, hacía un gran coraje.

Su Universidad formó una de las partes más importantes de su vida y, me atrevo a decir “su” Universidad, porque la sintió y la vivió como propia. Estuvo dispuesto a defenderla aun a pesar de las consecuencias que esto le pudiera traer. Alguna vez me confesó que gran parte de

los momentos trascendentes de su vida estuvieron relacionados con la Universidad. Su culminación profesional fue haber recibido el doctorado honoris causa y el premio a la enseñanza. Este fue el último de muchos que recibió y, según me comentó al acompañarlo ese día, el que más le emocionó.

Fue un gran maestro. Cursé con él la cátedra de amparo en el octavo semestre de la carrera. A diario lo esperábamos en el estacionamiento de la Facultad. Recorría la explanada con grandes esfuerzos del brazo de algún alumno o maestro, siempre con el impulso de llegar hasta el aula a dar su clase. Disfrutaba la cátedra enormemente; a pesar de su salud, prácticamente nunca faltó. Preparaba los temas a diario y tenía la facilidad de compartir sus conocimientos en forma amena, al combinarlos con anécdotas, casos históricos y alguna que otra broma. Una vez terminada la clase, lo acompañábamos a comer hamburguesas al carro que estaba al lado de la explanada, en donde alternaba con maestros, alumnos o cualquier otra persona que se acercara a platicar con él. Por su manera de ser sencilla y fácil, se veía rodeado de gentes que lo apreciaban y a quienes nunca hizo notar su importancia. A todos les ofrecía su amistad y les brindaba su apoyo. Creo que su clase lo mantuvo vivo, lo impulsó a seguir adelante. El contacto continuo con la juventud, en su Universidad, alimentó su entusiasmo y alegría.

Viví junto a un gran hombre que me tendió la mano en todo momento. Un hombre de bondad poco común a quien nunca oí hablar mal de alguien. Un hombre sencillo, de carácter alegre, quien en ningún momento perdió el sentido del humor y las ganas de vivir. Un hombre extraordinario en todos sentidos. Ahora, no sólo quedan los recuerdos, sino un enorme ejemplo a seguir.